

hiélase la sangre

ROBERT BLOCH

autor de "Psyco"



Hiélase la Sangre es un libro de narraciones sobre temas de misterio, asesinato y magia. Desde el extraño relato de la reducción de una cabeza humana al tamaño de una naranja, hasta la original exposición de los efectos de un gas que obliga a decir la verdad, pasando por las historias de varios crímenes en apariencia inexplicables, el autor alterna la ironía con lo macabro, y mantiene al lector en una tensión permanente.

*A Clayton Rawson,
un hombre que me llega al corazón...
pero con un cuchillo.*

LA FUNCIÓN DEBE CONTINUAR

The show must go on (1960)

Era el entreacto, y la taberna contigua al teatro estaba llena cuando él entró.

Varias personas le saludaron con un movimiento de cabeza o agitando la mano; pero él se encaminó hacia el bar directamente. En aquel momento, no podía permitir que nada le distrajera. Se encontraba metido en su papel.

Esto era lo único que importaba, concentrarse en su papel, pensar en su actuación. Pero una copa no le vendría mal.

Peter estaba esperando servírsela. Mientras lo hacía, le dijo que alguien había preguntado por él hacía un rato.

Hubiera sido una tontería contestar, exponiéndose a perder la inspiración. Se limitó a esperar a que Peter echara el *whisky* y el agua y se alejara.

Entonces levantó el pesado vaso y lo vació rápidamente. Maldición, le temblaba la mano. Se salpicó el bigote.

—¿Qué le ocurre, Pet? ¿Está nervioso?

Al oír a su espalda aquella voz desconocida, giró bruscamente sobre sus talones al tiempo que dejaba caer el vaso en el mostrador.

—¿Cómo dice? —murmuró.

Se encontró frente a dos hombres. Uno de ellos, barbudo y corpulento, estaba bastante bebido. El otro no era más que un muchacho de cara pálida y ojos abiertos. Fue el gordo el que habló.

—Le he preguntado si está nervioso, Pet.

Aquél no era el momento para una pelea de taberna. Pero tenía que contestar.

—Le ruego que me disculpe pero no acostumbro a hablar con desconocidos.

El hombre se volvió hacia el joven que lo acompañaba y se encogió de hombros.

—Qué bien educado, ¿eh, Clem? No acostumbra a hablar con desconocidos. Pero sí con desconocidas.

—Padre, por favor...

El gordo lo apartó de un empujón.

—¡Todo el mundo con su cochina cortesía! Ha llegado el momento de hablar claro, Pet.

—Oiga, yo no me llamo Pet.

—Pues así es como le llama Livvie. —El gordo se acercó contoneándose. El aliento le apestaba a coñac—. Livvie es mi hija; pero usted ni siquiera se acuerda de ella, ¿verdad? Así es la vida. Un hombre tan importante como usted... ¡Todo un actor! ¿Cómo va a acordarse del nombre de todas las muchachas que deja en estado?

—Conque usted es el padre de Lizzie.

Fue una observación estúpida; pero no se le ocurrió nada más. Lo único que quería era salir de allí sin perder la disposición de ánimo. Y tenía que salir de allí antes de que terminara el entreacto.

—Sí, soy el padre de Livvie. Ya ve, ella no se olvida de usted. Todavía se acuerda que le prometió casarse cuando volviera de la gira. —Y, dirigiéndose al muchacho, comentó—: No está vestido para la boda, ¿verdad, Clem? Con esa capa tan preciosa y esas relucientes botas... Cualquiera diría que se va de viaje.

El hombre metió la mano en el interior de su chaqueta y el actor sintió que el cañón de un revólver se apoyaba bruscamente en sus costillas.

—Y, en efecto, se va de viaje —prosiguió el gordo—. Aquí le traigo su billete. Se va directamente al infierno.

Aquello era intolerable. Iba a perder definitivamente aquel estado de ánimo. Tenía que hacer algo rápidamente.

—No puede usted hacer eso —dijo. Empezó a temblarle la voz—. Usted no lo comprende, señor. ¡Yo soy actor!

—Y bastante malo, según los críticos —dijo el gordo, con una risa burlona—. Pero esto no importa. No quita que sea usted un granuja y un sinvergüenza.

El revólver le oprimió más todavía.

—¡Por favor! —Se echó a temblar—. ¿No podríamos hablar de esto más tarde?

—¿Más tarde?

—Va a terminar el entreacto y mi presencia es necesaria en el teatro. Tengo que desempeñar mi papel, un papel importantísimo. Después le prometo ponerme a su disposición. Hablaremos de la pobre Lizzie...

—¡Livvie!

—Sí, desde luego. Perdone. Es que estaba pensando en mi papel. —Estalló en sollozos—. ¡Se lo suplico, señor, deje que termine mi actuación! En nombre del teatro y de su gloriosa tradición, la función debe continuar.

—¡La función debe continuar! —Se aflojó la presión del revólver—. ¿Es eso todo lo que cuenta para usted? —El hombre miró a Clem—. Ya me advirtieron que estaba loco, pero nunca creí...

Clem decidió sacar partido de su indecisión.

—Padre, ¿te das cuenta? Tenían razón. ¡Está loco! No serviría de nada amenazarle. ¿Consentirías en que Livvie se casara con un hombre como ése?

El hombre movió la cabeza negativamente. Con movimientos pausados se guardó el revólver.

—No le perdono la vida por compasión —dijo—. Lo único que me inspira usted es asco. Vuelva a su teatro, es para lo único que sirve. No adelantaría nada matándolo esta noche porque no importa que esté vivo o esté muerto.

El hombre escupió a sus pies y él y el muchacho dieron media vuelta y desaparecieron entre la gente.

Él los vio alejarse, contento de que, al parecer, nadie hubiera observado la escenita que acababa de representar. No obstante, en cierto modo ello era una lástima, pues estuvo muy bien. Una de las mejores que representara en su vida. El público no le consideraba un gran actor, ¿eh? Bueno, aún no les había demostrado de lo que era capaz.

Sí; ahora daban la señal. En la calle se oyó vocear:

—Las diez y diez.

El entreacto había terminado. Era hora de volver al teatro.

Se dirigió hacia la puerta contigua. Al llegar a la entrada del vestíbulo, saludó al viejo Buckingham.

—A mí no me pedirás la entrada, ¿verdad?

Buck sonrió y le dejó pasar. Cruzó el vestíbulo en el momento en que las luces se apagaban; luego, bajó por el pasillo. En la oscuridad, podía sonreír al pensar en la escena que acababa de representar ante aquel viejo estúpido. Ya podía soltar la pistola, la pistola que hubiese podido matar a aquel idiota en cuanto él hubiese decidido apretar el gatillo. Pero ya no había que seguir pensando en ello. Lo que tenía que hacer era volver a meterse en su papel, prepararse para la gran escena que se avecinaba. La más importante de todas. En realidad, no había mentido; la función debía continuar.

Y la función continuaba. Acababa de llegar a la escalera que conducía a la galería, y empezó a ascender por ella, en dirección al palco del presidente Lincoln.

LA CURA

The cure (1957)

Sería después de medianoche cuando Jeff se despertó.

La choza estaba a oscuras, pero por la puerta entraba un rayo de luna. Al dar media vuelta vio a Marie, de pie, al lado de la hamaca.

Estaba desnuda.

La llama dorada de su cabello brillaba junto a sus blancos senos, y en sus ojos bailaban puntitos luminosos.

Jeff extendió los brazos y ella se adelantó, sonriendo.

Entonces el cuchillo se abatió sobre él.

Jeff vio brillar el acero a la luz de la luna con el tiempo justo para dar media vuelta. Se oyó un agudo chirrido cuando la hoja del machete rasgó la grosera lona de la hamaca.

Luchó con ella. Sus manos resbalaban sobre aquella piel caliente y sudorosa. Marie lanzó un gruñido sordo y volvió a descargar el machete. La hoja se hundió en el tobillo de Jeff, que dio un grito.

Una sombra apareció en la puerta oscureciendo la luz de la luna, se abalanzó sobre Marie y la sujetó por la espalda.

—¿Está bien, señor?

—Supongo.

Jeff se levantó ahogando un grito de dolor y encendió la lámpara.

Luis sujetaba a la desnuda muchacha por los brazos. Su expresión era tranquila. Era un hombrecillo de cara morena

y largo flequillo que bien hubiera podido pasar por un muñeco de madera. Un muñeco de madera que apoyaba su machete en la garganta de Marie.

—¿Sí, señor?

—¡No! —musitó Jeff—. ¡Eso, no!

Luis se encogió de hombros y dejó caer el machete, pero no soltó a la mujer. En sus turbios ojos castaños no había expresión alguna.

Marie empezó a gimotear.

—¡Te mataré, Jeff, lo juro! Creías que yo no sabía nada, pero estoy al corriente. El dinero ha llegado, ¿verdad? Tú y Mike lo tenéis. Pensáis marcharos dejándome aquí para que me muera. Pero no lo consentiré. Primero te mataré, te mataré...

—¡Eh!, ¿qué pasa aquí?

Mike penetró en la choza, jadeando ligeramente tras la ascensión por la escalera. Los miró fijamente.

Jeff se encogió de hombros. Las palabras salieron con dificultad, pero salieron:

—Es Marie. Está tarumba.

—Te atacó con un machete, ¿eh?

—Sí. Se ha creído que tenemos la tela y que pensamos largarnos dejándola aquí.

—Quizá sea fiebre.

—Échale una mirada —dijo Jeff.

Mike contempló a Marie. Ella tenía los ojos en blanco y echaba espuma por los labios.

—Me parece que tienes razón —suspiró Mike—. No es fiebre. ¿Qué hacemos ahora?

—No sé. Habrá que vigilarla —Jeff se volvió hacia Luis—. Fue una suerte que vinieras.

El indio asintió.

—Yo verla salir de choza con machete y seguirla. Ella tener mala cara. Enferma de la cabeza, ¿verdad?

—Sí. Enferma de la cabeza. Tendremos que llevarla a la choza y atarla al catre.

—Deja que nosotros nos ocupemos de ello —propuso Mike—. Será mejor que tú te cures ese tobillo. Está sangrando una atrocidad. Si hubiera algún médico por aquí...

Jeff lanzó un gruñido.

—Ella lo necesita más que yo. Hace semanas que lo veo venir. Éste no el lugar para una mujer. No me extraña que haya perdido el juicio. Como no llegue pronto la tela, todos vamos a acabar sonados.

Mike y Luis sacaron de la choza a Marie y la bajaron por la escalera. Jeff, cojeando, se acercó al escritorio y empezó a buscar coñac. Quería desinfectar la herida. En aquel pantano de la jungla hasta un arañazo podía resultar peligroso. Encontró, al fin, la botella y se disponía a echar un chorro en la herida cuando volvió Luis. En la mano traía algo, un trapo untado, como una compresa.

—Yo curar —dijo—. Muy bueno.

—¿Qué es eso? ¿Uno de vuestros mejunjes indios?

En los opacos ojos de Luis apareció una sombra de reproche.

—Yo no ser indio, señor. Yo español, ¿no?

—Está bien, eres español. —Jeff se tumbó en la hamaca y Luis le envolvió el tobillo. La compresa abrasaba—. ¿Cómo está Marie?

—Señor Mike atarla fuerte. —Hizo una pausa y preguntó—: ¿Por qué no querer matarla? Ella casi matarte.

—No sabía lo que se hacía. Está mal de la cabeza.

—Pero ella herirte. Yo no permitir que nadie hacer daño al señor. Tú mi jefe.

—Está bien, Luis. Eres un buen chico. —Jeff lanzó un suspiro—. Ahora vete y déjame descansar.

El indio se deslizó al exterior y Jeff se hundió en un pesado sopor. Debía ser media tarde cuando Mike volvió a subir a la choza. Jeff se despertó y, al encontrarle allí, preguntó:

—¿Y Marie?

Mike dejó escapar un gruñido.

—Si escuchas atentamente, la oirás gritar desde aquí.

—¿Tan mal está?

—Tan mal. Berreando a pleno pulmón acerca del dinero. Si estos indios entendieran nuestro idioma estaríamos listos. Tenemos que llevarla cuanto antes a un médico.

Jeff se sentó, aplastando un mosquito de un manotazo.

—No puedo viajar con esta pierna. Además, hemos de esperar el dinero. Entonces podremos salir a la costa y embarcar en algún buque de carga que nos lleve a Belén. Es una ciudad bastante grande y habrá psiquiatras.

—¿Quieres decir que necesita un médico de la cabeza?

—Eso es —suspiró Jeff.

Mike le miró unos momentos.

—Me gustaría saber cuánto tardará en curar esa herida. Quizá lo mejor sea llevarla ahora. El dinero puede tardar todavía un mes. No podemos tenerla atada ese tiempo.

—Ya te he dicho que ahora no puedo viajar.

—No tienes que viajar —contestó Mike—. Podríamos llevárnosla a Belén Luis y yo.

—¿Dejándome a mí solo?

—Alguien tiene que quedarse aquí esperando el dinero. Jeff miró a su socio entornando los ojos.

—¿Te fiarías de mí?

—¿Por qué no? —sonrió Mike—. Somos camaradas, ¿no? Hicimos el trabajo juntos. Claro que me fío de ti. ¿Acaso tú no te has fiado de mí por lo que se refiere a Marie? —Mike se secó el sudor de la frente—. Hagamos esto. Luis y yo llevaremos a Marie en la piragua hasta Santarem. Desde allí, nos dirigiremos a Belén en barco. Aún nos quedan unos mil. Con eso bastará. Untaré al capitán y nadie se fijará en lo que diga Marie. Cuando lleguemos a Belén, buscaré un buen médico de la cabeza y la dejaré en sus manos. Seguramente habrá alguna clínica donde ella pueda quedarse. Cuando tú recibas el dinero, ya estará curada. ¿Quieres que lo hagamos así?

—Bueno —suspiró Jeff—. Hagámoslo así.

Y así lo hicieron. Mike, Marie y Luis partieron a la mañana siguiente. Luis no acababa de ver claro; pero escuchó muy atentamente las instrucciones que le dio Jeff y prometió volver para informarle tan pronto como fuera posible.

—Tú descansar —dijo a Jeff gravemente—. Yo decir mujeres cuidar y darte de comer. No preocuparte, ¿eh?

Jeff asintió. Cuando los otros se marcharon, se quedó amodorrado.

Fueron transcurriendo los días y Jeff seguía amodorrado. Las mujeres del poblado iban a llevarle comida. Limpiaban la choza y le abanicaban con hojas durante las horas de calor. Periódicamente, le cambiaban las compresas.

Pero la herida debió infectarse, pues la fiebre reapareció. Jeff, echado en la hamaca, mientras escuchaba el ruido de la lluvia, trataba de convencerse de que nada de lo que le estaba sucediendo era real. Pero era real; tenía que serlo.

Te pasas un año planeando el golpe al coche acorazado, con la ayuda de Mike, seguro de que no puede fallar. Prevé todas las contingencias y hasta encuentras la forma de poder huir con el dinero. Pero ¿y entonces?

Si uno es listo, puede hacer una buena faena sin que le pesquen; pero las complicaciones vienen después, cuando llega el momento de deshacerse del botín. Reconocen los billetes y acaban por dar contigo.

Al fin consigues hacer una combinación. Te pones en contacto con un individuo llamado González que vive en Cuba, el cual se aviene a cambiar los dólares por pesos si se le cede la tercera parte del botín. Entretanto, tienes que esconderte. En Cuba no, pues las cosas podrían torcerse; ni en ninguna ciudad. Después de pensarlo bien, decides enterrarte en un lugar apartado, donde nadie que tenga dinero o sentido común pueda pensar en ir. Las regiones pantanosas del interior del Brasil, la jungla. Decides esperar allí a que González te mande la mercancía.

Das el golpe. Todo sale bien; aunque sea preciso liquidar a uno de los guardianes que van en el coche. Tienes preparado un pasaporte falso, te embarcas en un vapor de carga y llegas a Porto de Moz.

Allí, en la playa, tienes la suerte de tropezar con un indio medio tonto llamado Luis, le caes simpático y él se empeña en convertirse en tu criado porque le has comprado el primer par de zapatos que ha tenido en su vida. Le tratas como si fuera español, en vez de indio, y esto hace de él tu esclavo. Se ofrece para llevaros, a ti y a tus amigos, en una piragua río arriba hasta su poblado. Está orgulloso de volver a casa con tres norteamericanos. Ahora es un hombre importante. Os instala en sendas chozas y todo lo que hay que hacer es esperar a que el correo traiga el dinero.

Hasta aquí, todo resulta sensato.

Pero ¿por qué trajiste a Marie?

En primer lugar, porque ella quiso venir y en segundo lugar porque tú la querías a ella. En realidad, fue por ella, por Marie, por lo que diste el golpe. La querías y estabas decidido a conseguirla, porque era la mujer más hermosa del mundo. No una desgraciada, sino una estrella de televisión. Tenía clase. No se ensuciaba las manos con pelagatos. Se necesitaba buen dinero para conseguir sus favores.

Le hablaste de un trabajo y le prometiste el oro y el moro. En América del Sur podría vivir como una reina. Y te la llevaste porque tenías miedo de dejarla. Y la trajiste aquí.

Aquí, donde llueve durante todo el día y los mosquitos son un tormento. Aquí, donde las chozas están construidas sobre unos postes metidos en viejas latas de petróleo, para impedir que entren las hormigas. Pero las hormigas entran, de todos modos. Y pican. Y también pican los peces del río, de modo que ni siquiera puede uno bañarse. Y, por las noches, los indios hacen sonar tambores y flautas. Aquí se suda, se tiritita de fiebre, se come carne de cabra, se bebe coñac y se espera. Luis se esfuerza en ser un buen criado, pero no es más que un indio estúpido, aunque hable in-

glés. Se va a la selva con los demás y puede que hasta beba sangre y use flechas envenenadas.

¡Pero todo eso fue un disparate!

Un enorme disparate. No era de extrañar que Marie perdiera el juicio. Semana tras semana esperando que llegara el correo con el dinero, mientras la lluvia repicaba en el techo de la choza y en tu mismo cráneo hora tras hora, día tras día, noche tras noche.

¿Dónde estaba el maldito correo? ¿Dónde estaba Luis? ¿Dónde estaba Marie?

Por fin cedió la fiebre y Jeff recordó dónde estaba Marie. Estaba en Belén, con Mike y Luis. Ojalá hubieran encontrado un buen médico para que ella sanara pronto. En cuanto pudiera salir de la jungla se repondría. Pues la jungla no es sitio para una mujer. Resultaba gracioso que no le guardara rencor por haberle atacado con el machete. Cuando uno pierde la razón, no sabe lo que hace.

Y Jeff estaba seguro de que también él se volvería loco si no llegaba pronto el dinero. Puesto que el tobillo estaba ya curado, él se pasaba el día sentado a la puerta de la choza, con la mirada fija en el río. Aquella espera era horrible. No tenía nada que hacer. No tenía a nadie con quien hablar, y sólo le quedaba una botella de coñac.

Hasta que, una noche, comprendió que iba a estallar. Entonces decidió echar mano del coñac. Hacía una semana que apenas podía dormir. Quizás el coñac le hiciera bien. Si no, al día siguiente emprendería él solo el viaje hacia la costa. No podía resistir más.

El coñac era como el fuego y como la luz de la luna. Era como los tambores que resonaban en el calvero. Jeff se emborrachó, se emborrachó de tal modo que volvió a olvidar que Marie, Mike y Luis se habían marchado. No encontraba los zapatos. Empezó a gatear por la choza, buscándolos. Luis los habría guardado.

—¡Luis! —gritó—. ¡Luis!

Y, de pronto, apareció Luis.

Allí estaba Luis; no tenía que preocuparse. Jeff se puso en pie, bamboleándose, y se quedó mirando al hombrecillo de ojos terrosos. ¡El bueno de Luis! ¡El criado perfecto! Él se ocuparía de todo, ahora que había vuelto...

¡Había vuelto!

Jeff se despejó instantáneamente.

—¿Qué ha pasado? —murmuró.

Luis se encogió de hombros.

—Cosas malas, señor.

—Marie, ¿le ha ocurrido algo a Marie? —preguntó Jeff agarrándose a la mesa.

—Ella estar perfectamente —dijo Luis.

Jeff se tranquilizó.

—Bien, entonces podré soportarlo. ¿Qué pasó? ¿Acaso González nos traicionó?

—No, señor. Señor Mike lo tenía en la piragua. Ellos creían que yo dormir, pero yo vi cómo lo contaba mientras bajábamos por el río. Él decir a tu mujer que el correo llegar antes de salir ellos de aquí. Ahora él huir con ella después de matarme a mí.

—Rata asquerosa...

—Por favor, señor, no alarmarse. Entonces señor Mike arrastrarse hasta mí con su cuchillo, para matarme. Pero yo estar despierto y esperando con machete preparado. Luchamos. El dinero caer al río. Qué pena, ¿verdad? Pero tu honor estar salvado. Yo matar señor Mike.

Jeff rompió a sudar.

—Comprendo. El dinero se fue. El traidor de mi socio se fue. ¿Y Marie?

—Ella estar bien. Yo hacer lo que tú querías.

—¿La llevaste tú solo a Belén?

Luis se encogió de hombros.

—Por favor, señor, Yo ser un hombre sencillo. No tener educación para ir solo a Belén. Yo atarla y volver río arriba. Llevarla a poblado amigo. Allí encontrar el médico.

—¿En la jungla? Pero...